

UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

30. BAJO UNA LUZ DISTINTA



SANDOR encendió la araña eléctrica, y de inmediato la enorme biblioteca del barón se inundó de luz. Incluso los anaqueles más altos veían profanado su penumbroso recato. En la estufa de leña, un apelmazamiento gris-negruczo era el único remanente del fuego que ardiera allí la noche pasada.

—Derecho al grano —indicó Sandor.

Asió con las dos manos la mesita sobre la que descansaba el extraño tablero de ajedrez con sus piezas y, alzándola en vilo, la transportó hasta colocarla directamente bajo la luz.

No sin cierta aprensión, debo confesarlo, me aproximé. Encontraba un poco difícil enfrentar las estatuillas, pero finalmente lo hice.

De inmediato me tranquilicé. ¿Qué me habría hecho ver...?

—¿Y...? —demandó Sandor.

—No sé —repuse—. Ese sentimiento de aversión que le describí... Ahora no se repite.

—Habría que ver si en realidad fue tan intenso como cree recordarlo —murmuró él.

Iba a replicarle con bastante calor, pero me contuve. Al fin y al cabo... La noche anterior el ambiente había sido muy distinto. ¿Y si todo hubiese consistido tan sólo en algún peculiar efecto de luz?...

—El barón no tenía encendida más que aquella lámpara verde —informé—. Y había fuego en la estufa. Quizás todo eso influyó para que...

Sandor se estrujó la carnosidad barbilla entre los dedos.

—Mmm... Es posible. Pero existe un elemento fundamental, que debemos anteponer a cualquiera otra consideración.

—¿Qué elemento?

—El *licor*. —Sandor me apuntó con el índice—. ¿Está bien seguro de que no bebió *antes* de sufrir esas experiencias anormales?

Balanceé la cabeza.

—Segurísimo. El barón me ofreció una copa después..., justamente para que me repusiera de mi trastorno. Ahora que..., tras tomar esa dichosa copa caí en una especie de sopor y creí ver... *lo otro*.

—A propósito —me recordó Sandor, volviendo hacia mí su córnea opaca—: no me habló todavía de esa segunda... visión. ¿Tan terrible fue?

EN EFECTO, le había ocultado la espantosa transformación que creí sorprender en el barón Bathory. Era un punto en el cual ni siquiera me había atrevido a volver a pensar, temeroso de que mis ideas resbalasen por una pendiente demasiado peligrosa para mi ecuanimidad.

—Debo haberlo soñado —aventuré—. Todo ese... horror.

—Pero, si fuese así, sólo tendríamos resuelta la mitad del problema —observó Sandor—. ¿Qué pasa con sus otras visiones, previas a la administración del supuesto alucinógeno?... ¿Qué efecto le causa ahora el tablero? Concéntrese, por favor.

Sentí un sacudimiento de repulsión, allá en lo profundo de mi ser, pero obedecí a Sandor. Le había prometido colaborar.

—Noto algo —dije, al cabo de un rato.

—¡Descríbalo!

—No sé... Es muy leve. Como... la sombra de una sensación. Algo apenas insinuado, entrevisto...

—¿*Subliminal*?

—Quizás. Es... raro.

—¡Siga mirando! —ordenó él.

Transcurrido cierto lapso, me indicó que lo dejara.

—¿Alguna otra sensación? —indagó.

—Creo que no.

SANDOR movió con imprevista agilidad su corpulencia, para apoderarse de un par de sillas, que aproximó a la mesita.

—¿Está más tranquilo ahora? —me preguntó, una vez que estuvimos sentados.

—Bueno... La verdad, yo... ¡Me siguen intrigando esas piezas!

El levantó una de las negras. Representaba un híbrido de hombre-bestia y llama: una entidad semihumana, compuesta de fuego y materia orgánica fusionados. Era asombroso el verismo con que el ignoto artífice había conseguido plasmar en la estatuilla un concepto tan difícil de representar.

—Lleva una inscripción en la base, ¿verdad? —inquirí.

—Cierto. Pero no consigo descifrarla... Mi primo, como usted sabrá, afirma que entiende el lenguaje... Creo que forma parte de su obsesión. ¡Porque estos agrupamientos de signos no tienen el más mínimo sentido!

—El me recitó varias frases —dije—. ¿Y qué piensa del *material* con el que están hechas las piezas?

Se pellizcó el lóbulo de la oreja izquierda.

—Así, a ojo desnudo, me da la impresión de que es algo bastante raro... Diría que mineral meteórico. Tal vez proveniente de algún aerolito... Pero, por desgracia, no puedo precisar. ¡Mi primo jamás me permitió que me llevase algunas para analizar en el laboratorio!...

Miró hacia uno y otro lado, con aire de complicidad.

—Me parece —susurró—, que ha llegado la hora de *desobedecerlo*. ¿No opina igual, che?

(Continúa)

¡SE AVECINA UNA DECISIÓN EXTREMA DE PARTE DE SANDOR Y POLETTI!... ¿LOGRARÁN LLEVAR A CABO SU PROPÓSITO SIN QUE EL BARÓN LO ADVIERTA?... SIGUE: "RECAPITULANDO"... ¡UN RESUMEN DE LOS SUCESOS RELATADOS HASTA AHORA, A CARGO DE NUESTRO PROTAGONISTA! ¡INTENSO Y SUGERENTE ESTUDIO DE SUS VIVENCIAS DENTRO DEL CASTILLO, EN PROCURA DE ESCLARECEDORAS CONCLUSIONES!..

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el cómic, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"*El Umbral de las tinieblas*" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com